

Ecolalias

Del mismo autor

*Fortune's faces: The Roman de la Rose and the poetics
of contingency*, Baltimore, 2003

The inner touch: Archaeology of a sensation, Brooklyn, 2007,
en preparación por Katz editores

Daniel Heller-Roazen

Ecolalias

Sobre el olvido de las lenguas

Traducido por Julia Benseñor

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González 59, Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original: *Echolalias.*
On the forgetting of language

© 2005 Daniel Heller-Roazen

ISBN Argentina: 978-987-1283-92-7

ISBN España: 978-84-96859-48-7

I. Lingüística. I. Julia Benseñor, trad. II. Título
CDD 410

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Depósito legal: 3-52.307-2008

Índice

9	1. La cumbre del período de balbuceo
13	2. Exclamaciones
19	3. La alef
27	4. Fonemas en peligro de extinción
33	5. La H & Co.
49	6. Exilios
53	7. Vías muertas
67	8. Umbrales
77	9. Estratos
89	10. Transformaciones
99	11. Pequeñas estrellas
115	12. El regreso del destello
123	13. La vaca que escribe
129	14. El animal inferior
149	15. Aglosostomografía
163	16. <i>Hudba</i>
179	17. Esquizofonética
191	18. Un cuento de Abū Nuwās
195	19. Persa
203	20. Poetas en el paraíso
219	21. Babel
233	Bibliografía
243	Índice temático

He oído que algunos de nuestros yahoos marinos encuentran que mi vocabulario marino es defectuoso, impropio en muchos aspectos e inadecuado. No puedo hacer nada sobre este punto. En mis primeros viajes, cuando era joven, me instruyeron los marineros más viejos y aprendí a hablar con ellos. Pero desde entonces he visto que los yahoos marinos, como los terrestres, son hábiles para acuñar nuevos términos, que renuevan cada año hasta tal punto que, tras cada regreso mío a mi país, el antiguo dialecto había cambiado tanto que me costaba entender el nuevo. Y veo que cuando viene de Londres a visitarme algún yahoo, ninguno de los dos somos capaces de expresar nuestras ideas de forma inteligible para el otro.

Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver* [trad. de Pedro Barbadillo, Madrid, Ediciones SM, 2000, pp. 13-14]

1

La cumbre del período de balbuceo

Como bien se sabe, los niños al principio no hablan. En cambio, emiten sonidos que parecen anticipar los sonidos del lenguaje humano y que a la vez se encuentran, en su esencia, en las antípodas. A medida que se aproximan al momento en el que comienzan a formar las primeras palabras reconocibles como tales, tienen a su disposición tal potencial para la articulación que nadie, ni siquiera el más dotado de los adultos políglotos, aspiraría a igualar. Es precisamente por esta razón que Roman Jakobson se sintió cautivado por el balbuceo de los niños, además de sentirse atraído por cosas tales como el futurismo ruso, la métrica eslava comparada y la fonología estructural, es decir, la ciencia que estudia las formas sonoras del lenguaje. En *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*, que escribió en alemán entre 1939 y 1941 durante su exilio en Noruega y Suecia, Jakobson observó que

un niño es capaz de articular en su balbuceo una suma de sonidos que nunca se encuentran reunidos a la vez en una sola lengua, ni siquiera en una familia de lenguas: consonantes con los puntos de articulación variadísimos, palatales, redondeadas, sibilantes, africadas, clics, vocales complejas, diptongos, etc.¹

Respaldao por las investigaciones realizadas por psicólogos infantiles con formación lingüística, Jakobson llegó a la conclusión de

¹ Jakobson, *Child language, aphasia and phonological universals*, p. 21 [la traducción corresponde a la edición española: *Lenguaje infantil, afasia y leyes generales de la estructura fónica*, trad. de Esther Benítez, Madrid, Ayuso, 1974, p. 31].

que en aquello que él dio en llamar “la cumbre del período de balbuceo” (*die Blüte des Lallens*) no pueden fijarse límites a las capacidades fónicas del niño que balbucea. Respecto de la articulación, Jakobson sostenía que los niños son capaces de todo. Sin el menor esfuerzo pueden producir todos y cada uno de los sonidos incluidos en todas las lenguas humanas.

Cabría pensar que, con tal potencial para el habla, la adquisición del lenguaje habría de ser una tarea rápida y sencilla para el niño. Sin embargo, no es así. Entre el balbuceo del niño y sus primeras palabras no sólo no hay un pasaje fluido sino que hay pruebas de que se produce una interrupción muy marcada, algo parecido a un momento decisivo en el que las capacidades fonéticas hasta entonces ilimitadas parecen tambalear. En las propias palabras de Jakobson,

los observadores comprueban, entonces, con gran sorpresa, que el niño pierde prácticamente todas sus facultades de emitir sonidos cuando pasa de la etapa prelingüística a la adquisición de sus primeras palabras, primera etapa lingüística propiamente dicha.²

Por cierto, a esta altura no ha de sorprender cierta atrofia parcial de las capacidades fónicas; cuando el niño comienza a hablar una lengua dada, obviamente ya no utiliza todas las consonantes y vocales que alguna vez supo articular, por lo que es absolutamente natural que al dejar de emplear los sonidos no contenidos en la lengua que está adquiriendo pronto olvide cómo se producen. Pero cuando comienza a aprender una lengua, no pierde sólo la capacidad de producir sonidos que exceden ese sistema fonético dado. Lo que resulta aun más sorprendente (*auffallend*), acotó Jakobson, es que otros muchos sonidos comunes a su balbuceo y a la lengua adulta ahora desaparezcan del acervo del niño; es en este preciso momento cuando puede decirse que se ha iniciado verdaderamente el proceso de adquisición de una lengua. A lo largo de varios años, el niño comenzará, poco a poco, a dominar los fonemas que definen la estructura sonora de lo que habrá de constituir su lengua madre, de acuerdo con un

² Jakobson, *Child language, aphasia and phonological universals*, p. 21 [trad. esp. cit.: p. 32].

orden que Jakobson presentó por primera vez en forma estructural y estratificada: comenzando con la emisión de las dentales (como la *t* y la *d*), el niño aprenderá a pronunciar las palatales y velares (como la *k* y la *g*); a partir de las oclusivas y las labiales (como las *b*, *p* y *m*), adquirirá la posibilidad de formar las constrictivas o fricativas (como las *v*, *s* y *ʃ*) y así sucesivamente hasta que, al término de su proceso de aprendizaje de la lengua, el niño se convierte en un “hablante nativo”, para usar la expresión con la que todos estamos familiarizados pero cuya imprecisión es notable.

¿Qué sucede en el período de transición con los numerosos sonidos que el niño solía pronunciar fácilmente? ¿Cuál es el destino que le espera a su capacidad de producir los sonidos de todas las lenguas antes de aprender los sonidos de una única lengua? Es como si la adquisición del lenguaje sólo fuera posible a través de un acto de olvido, una suerte de amnesia lingüística infantil (o amnesia fónica, ya que lo que el niño parece olvidar no es la lengua sino una capacidad infinita para la articulación indiferenciada). ¿Es posible que el niño esté tan cautivado por la realidad de una lengua que opta por abandonar la tierra sin fronteras pero a la vez estéril que encierra la posibilidad de existencia de todas las demás? ¿O acaso uno debería observar la lengua recién adquirida para buscar una explicación?: ¿es acaso la lengua madre la que se apodera del nuevo hablante y se rehúsa a dar cabida siquiera a la sombra de alguna otra? Todo se complica aun más por el hecho de que en el momento en que el niño se sume en el silencio, ni siquiera puede decir “yo”, por lo que dudamos en atribuirle conciencia de hablante. En todo caso, cuesta imaginar que los sonidos que el niño alguna vez pudo producir con tanta facilidad se hayan desvanecido por completo de su voz y hayan dejado nada más que una estela de humo (y el humo, de hecho, es algo). Al menos dos cosas nacen de esa voz vaciada por el retiro de los sonidos que el niño que ha aprendido a hablar ya no puede producir: a partir de la desaparición del balbuceo nacen una lengua y un hablante. Bien podría tratarse de algo inevitable. Tal vez el niño deba olvidar la infinita serie de sonidos que alguna vez pronunció en “la cumbre de su período de balbuceo” para así lograr el dominio del sistema finito de consonantes y vocales que caracteriza a una lengua específica. Tal vez la pérdida de un arsenal

fonético ilimitado es el precio que el niño deba pagar por el documento que le confiere condición de ciudadano en la comunidad de la lengua a la que pertenece.

¿Las lenguas de los adultos retienen algo del balbuceo infinitamente variado del que surgieron? Si es así, entonces lo que perdura es apenas un eco, ya que allí donde hay lengua el balbuceo desapareció mucho tiempo atrás, al menos en la forma en que alguna vez existió en boca de ese niño que aún no había aprendido a hablar. Sería apenas un eco de otra habla y de algo diferente al habla: una ecolalia, que supo resguardar la memoria de ese balbuceo indiferenciado e inmemorial que, al perderse, permitió la existencia de todas las lenguas.